

TIEMPO DE VINO Y BATALLAS

ARLETTE GENEVE

Batalla del Tollo, agosto de 1812

En la lejanía se escuchaba el retumbar de algún cañón solitario, y el eco del sonido que llegaba hasta ellos, hacía tintinear los cristales sucios de las copas y vasos acumulados en los estantes. La madera de las lejas estaba tan ennegrecida por el paso del tiempo, que parecía que había sido purificada en el fuego, antes de ser colocadas en la vieja pared de yeso.

Pero la taberna *Tientos* seguía en pie, y sus preciados caldos se mantenían a salvo, aunque no así el orgullo de los franceses invasores.

Pablo Hernández de Castro, dejó su fusil encima del tablón de la mesa, y apartó de una patada uno de los taburetes que terminó volcado en el suelo de adobe, olvidado por los comensales que festejaban la victoria. La alegría entre los soldados era innegable. El triunfo sobre los gabachos había sido aplastante, aunque inesperado. El Capitán General, Don Pedro Villacampa Maza de Lizana, había demostrado una valentía difícil de emular. Su sagacidad, su empuje contra el enemigo invasor, había sido decisivo para elevar la moral de las tropas. El ejército español, en clara minoría y careciendo por completo de artillería, había podido derrotar a más de mil ochocientos franceses en la batalla del Tollo. Los galos, vencidos y llenos de ostracismo, se habían retirado al cercano pueblo de Requena. Había más batallas que ganar, pero esa tarde los soldados se merecían una celebración.

Curro Molina, *el gitanillo*, comenzaba a arrancar notas a una guitarra que había estado olvidada en la pared demasiado tiempo, y mientras tanto, la Lola de Cheste, servía bebidas a los soldados que reían con júbilo. El intenso color cereza del vino, se convertía en oro negro dentro de los vasos de barro, y Lola tarareaba una letra patriótica haciendo que los corazones que escuchaban anhelantes, se emocionasen con un orgullo puro y abonado por la victoria, por el compañerismo, y porque ser español era algo muy grande. Lola, con una sonrisa en sus

labios rojos como la grana, les instaba a acompañarla con un gesto altivo de su cabeza, pero algunos hombres osados estaban demasiado ocupados palmeándole las nalgas para ceder a su reclamo, ella no se mostraba ofendida por el atrevimiento, hoy celebraban que estaban vivos, mañana podrían llorar lo contrario.

El destino sobre la vida o muerte, estaba en manos de Dios.

Pablo apoyó su espalda en el respaldo alto de la silla de enea, cruzó una pierna sobre la otra en actitud completamente relajada. Escuchar otro sonido que no fuese el de la batalla; el quejido desalentador de la incertidumbre, y las oraciones incongruentes de los heridos. También, los suspiros desahuciados de los caídos en la fértil tierra valenciana que se bebía sedienta la sangre roja derramada en el último aliento, de la misma forma que los soldados se bebían entusiasmados la sangre exprimida de la uva de sus vasos..., resultaba maravilloso.

Un oasis de paz en el desierto de la locura de la guerra.

Pablo bajó sus ojos y miró su copa de cristal gastado por el uso al mismo tiempo que hacía oscilar el líquido de su interior con el movimiento de su mano en círculos suaves, cuando contempló las lágrimas que el vino dejaba en los laterales del vidrio, se decidió a tomarlo de un trago.

Lola miraba al oficial con un brillo de emoción en su profundidad. Amaba a ese hombre con una pasión abrasadora, pero sin esperanza ni remisión. Pablo Hernández de Castro vivía por y para el ejército, y ella respetaba esa cualidad innata en él. Contempló con cierto orgullo su traje de oficial arrugado, sus botas negras manchadas de barro, pero ninguna de esa circunstancia le restaba dignidad a su persona. El oficial miraba a sus compañeros con un brillo extraño en sus pupilas, y allí, en uno de los rincones de la bodega, en el lugar más apartado, un hombre meditaba sobre el desenlace de la guerra, y una mujer meditaba sobre las espinas del amor.

De pronto, él alzó sus ojos y la miró de frente, Lola tenía una jarra vacía de vino en la mano, y una mirada ardiente de anhelo en su rostro que no pudo ocultar a tiempo, Pablo, entrecerró sus ojos negros, antes de dejar la copa vacía que sostenía encima de la mesa de madera, y cuando lo hizo, sus labios se abrieron en una sonrisa devastadora, y dirigida únicamente a ella.

—Lola, dame un beso que me de suerte mañana en la batalla— ella suspiró ante el pedido insólito, el ejército español tenía que seguir librando una guerra. Liberar al pueblo español de la invasión francesa. Darle a Napoleón la patada en el culo que se merecía. A pesar de que su corazón galopaba por el beso solicitado, ella le restó importancia al asunto con su respuesta.

—Soldado, no eres el único hombre en esta taberna que celebra una victoria sobre los gabachos— al momento, la taberna se quedó en silencio escuchando el intercambio de palabras entre Pablo, el oficial, y Lola, la de Cheste. Incluso la guitarra de Curro quedó silenciada.

—Pero soy el único que lo va a recibir— ella estaba dispuesto a dárselo, por él, por sí misma.

—No hay nada mejor que el beso de una preciosa mujer, enriquecido con el sabor del vino de la tierra, para dar suerte a un soldado español— la taberna estalló en aplausos al escuchar las palabras de su capitán, y cuando contemplaron que ambos se fundían en un beso largo y profundo, comenzaron a vitorear.

Mañana se libraría otra batalla más, pero en esa tarde de verano, se festejaba una victoria muy diferente acompañada de vino e ilusión.